

LO QUE MIS OJOS ME MUESTRAN

Lo más lindo que tiene mi casa, entre tantas cosas lindas, es la puerta ventana del living. Descorrer las cortinas y mirar a través de ella o abrirla y salir al balcón pequeño pero reconfortante, lleno de macetas colgantes de colores vívidos, cubiertas de flores coloridas; mandalas colgados de bellos colores y formas que giran buscando el sol y se dejan acunar por el viento sureño; el llamador de ángeles de madera, que hace música mientras me siento a leer un buen libro recibiendo los tibios rayos de sol. Y desde ese balcón puedo ver una vasta inmensidad que hace perder mi mirada en el horizonte, interminable espacio entre agreste y verde, y en medio de ese semi desierto, la ruta por la que todo el día van y vienen autos, colectivos de corta y larga distancia que me transportan hacia lugares donde quiero ir.

En medio de la ruta y el paisaje desértico se levanta una inmensa fuente de color celeste, con agua clara y fresca que de noche dispara finos chorros que van cambiando del rojo al amarillo y del naranja al azul, a su alrededor hay un hermoso tapizado verde que pone más color a la monotonía gris del paisaje, cual si fuera un oasis.

En invierno la fuente está sola, pero en verano... muchos caminantes van a buscar su frescura para mitigar los poderosos rayos del sol, y es ahí donde los chicos se juntan para jugar... y donde los amantes se citan para darse el más dulce de los besos o solamente estar...

Fue en un atardecer de domingo, cuando empezaba a picar esa nostalgia, que mis ojos se encontraron con ellos, dos jóvenes. Ella alta y esbelta, cabellos largos y lacios de un negro intenso, llevaba un jean gastado, y una blusa sin mangas, negra con lunares blancos; sus brazos eran largos y al moverlos lo hacía como las aves cuando sacuden sus alas en vuelo; él también alto, cabellos ondulados y rubios, tenía un cuerpo robusto, trabajado en gimnasio seguramente, llevaba unos pantalones negros y una remera blanca, era tosco en sus movimientos, todo lo contrario a ella. Estaban sentados en el borde de la fuente, tomados de la mano, se los veía disfrutar del baile exótico con que los deleitaban los hilos danzantes de color. Por la distancia no podía escuchar lo que hablaban, pero sí podía ver que estaban muy felices, sus risas rompían el silencio del atardecer y me sacaban del letargo y esa incipiente nostalgia.

Observándolos, mi mente de pronto se trasladó a otros tiempos, buenos tiempos, cuando vos y yo también éramos adolescentes, nos juntábamos en la plaza del barrio y pasábamos horas abrazándonos, acariciándonos y jugando. Recuerdo que nada importaba, daba igual que el día estuviera nublado, soleado o nos cayera un chaparrón dejándonos totalmente empapados. Si estábamos juntos, todo valía.

¿Qué nos pasó? ¿dónde quedaron esos adolescentes soñadores que se comían al mundo? la tristeza por momentos se hace muy pesada, me asfixia, mis ojos se llenan de agua como esa fuente que tengo frente a mí, y siento el dolor... ¿de no tenerte? ¿de sentirme defraudada?

Sacudo mi mente de esos tristes recuerdos y vuelvo a buscar a esa joven pareja, y me doy cuenta que ya no ríen, están sentados en el césped. Ella con la cabeza gacha, el pelo le tapa la cara. Él enfrentándola y corriéndole suavemente con la mano el cabello para poder verle la cara. Está llorando. ¿Pero... por qué? ¿Qué pasó en ese instante que me fui a mis pensamientos? Nunca lo sabré pero verla así indefensa, tan frágil...

Recuerdo que faltaba sólo una semana para casarnos, habíamos ido a nuestra prueba de ropa, hacía muchísimo calor y me dijiste ¿por qué no vamos a nuestro lugar preferido? Y ahí estábamos, yo con unos jeans gastados y una blusa negra a lunares blancos, y vos tan fornido con tu remera blanca ajustada. Me pediste que me sentara en el borde de la fuente pero decidí que el césped era mejor, así que ahí estaba, radiante y dispuesta a escuchar lo que tenías para decirme... pero de pronto mis oídos escucharon aquello para lo que no estaba preparada: que estabas inseguro, que no sabías si lo que estábamos por hacer era lo que en verdad querías... sentí que todo daba vueltas alrededor, mi cabeza pesaba toneladas y me estallaba, la dejé caer sobre el piso, mi pelo tapaba mi cara y qué suerte porque de ese modo no podías ver que mis lágrimas brotaban a montones... ¿cómo podías destruir en un minuto lo que veníamos construyendo desde hacía dos años? seguías hablando, dando excusas, pero en verdad ya había dejado de escucharte; te agachaste frente a mí y con tu mano descorríste mis cabellos y ahí te diste cuenta de todo el daño que me estabas haciendo... Desde ese día nunca supe más nada de vos.

El ruido de un caño de escape me vuelve otra vez a la realidad, al ahora, a la mujer exitosa que soy, y la noche cae como un manto sobre esa fuente, ya no hay nadie, o tal vez nunca hubo nadie, ¿un dejà vu? por tu llamado después de años sin saber de vos, para decirme que te habías enterado de que había abierto una casa de antigüedades en esta ciudad, y que vivía cerca de nuestra plaza y nuestra fuente... que me echabas de menos, que nunca te habías perdonado el haberme dejado por tus inseguridades. Que seguías solo y que sería de gran agrado poder volver a vernos...

Las luces de la ruta una a una se van encendiendo y el frescor ya se hace sentir en mi balcón. Miro el reloj, ya son las nueve, hora de cenar y preparar todo para mañana, lunes.

Vuelvo a mirar todo alrededor, la fuente ha detenido también su danza, ¿preparándose para dormir?, lentamente vuelvo sobre mis pasos, me encuentro con la visión cercana de mis plantas, mi balcón, mis gatitos. Entro al interior de mi casa donde me espera la realidad, mi nueva realidad.

Necesito alejar esta tristeza de mí, relajarme para poder dormir... cierro la puerta ventana que me mantuvo soñando por largo rato con historias pasadas: felices y no tan felices. Corro las cortinas. Enciendo la música para quitar todo pensamiento. Me recuesto en el cómodo sillón verde manzana que compramos cuando planeábamos todo para la boda, y escucho la voz de mi esposo que me dice...

- ¿Cenamos? Ya es tarde, ¿estás bien?

- Sí, sí estoy bien, claro amor cenemos.

-Y puedo saber ¿qué te puso tan triste al salir al balcón? Acaso fue ese llamado que recibiste del cual no me dijiste quién era.

-Tal vez, pero de todos modos, ya no importa, en todo caso la vida se encargó de poner las cosas en su lugar, no te preocupes, te amo.

-Yo también te amo mi princesa.